

10

UN VELATORIO ÍNTIMO

Abrió el álbum para intentar hacer trabajar a su mente.

En la primera fotografía se vio a sí misma con veinte años en una playa diminuta. Lentamente comenzó a ver su pasado.

Los rayos de sol acariciaban su tersa piel. El bañador, profundamente adherido a sus curvas, dibujaba su figura entre las olas. El agua estaba en calma. Ningún ruido se atrevía a rasgar el aire. El mundo entraba en letargo cuando Inés se sumergía en el mar. Abrió los ojos por un instante, el suficiente como para cruzar la mirada con las nubes pasajeras. Fue entonces cuando volvió a la toalla.

Se recogió el pelo húmedo a un lado, al tiempo que movía la solitaria sombrilla ocultándose del astro rey. Ya habría tiempo para buscar su cálido abrazo, en otro momento. Se levantó y, con la bolsa sobre su hombro rojo, echó una última ojeada a la cala perdida. Sí, aún tendría que atravesar el sendero pedregoso por el que llegó a ella, pero había valido la pena.

Por entonces Inés era joven, y mantenía la esperanza de que nadie encontraría su oasis de paz. Era inocente, conservaba la fe en el ser humano.

Poco recordaba ya de aquellas sensaciones. Había olvidado lo que era tumbarse sobre la ardiente arena de la playa con el cuerpo mojado. El gozo que le producía escuchar el graznar de las gaviotas con los ojos cerrados. El escozor de la sal en los labios cortados.

Pasó la página y vio una imagen de ella agachada en la orilla, con algo entre las manos.

Volvió allí con treinta y tres años. Le costó encontrar el camino, las distintas señalizaciones de los senderistas la despistaban por completo. Finalmente llegó, aunque notaba algo distinto. No había gaviotas.

Apretó los párpados en el presente, apoyando con fuerza los puños sobre los brazos del butacón. El recuerdo se tornó casi físico para ella, había abierto una puerta de su cerebro que la conducía directamente allí. Verónica le tocó la espalda.

—¿Todo bien?

Inés miró al médico en lugar de a su hija.

—Ya no hay gaviotas.

Él asintió, satisfecho. Las piezas del rompecabezas volvían a encajar en la mente enferma de la bióloga. Cerró los ojos para regresar a esos fragmentos de su vida encapsulados en el tiempo.

Al principio no le preocupó no ver a las aves. Supuso que estarían haciendo cualquier cosa, en lugar de surcar los cielos como de costumbre. Como les marcaba la naturaleza. Entonces, se percató de algo que flotaba en el agua. Se acercó con cautela, procurando no asustar a lo que se revolvía entre la espuma. Se agachó y cogió al animal por un ala.

La gaviota tenía enredada en el cuello una anilla de plástico. Horrorizada corrió con ella entre sus brazos hasta el otro lado de la cala, y cortó su trampa mortal con una pequeña navaja. Antes de dejarla marchar, inmortalizó el momento, con la idea de pedir una explicación al ayuntamiento local.

¿Cómo podían permitir que se ensuciaran los mares, perjudicando a la fauna? Aun así, nunca llegó a preguntar por la injusticia, por temor a no ser escuchada. La fotografía fue envejeciendo, al tiempo que la imagen congelada reflejaba cada día más la cruda realidad.

En la siguiente página encontró algo totalmente distinto. No eran fotografías, sino anotaciones de Inés salpicando los folios blancos. Verónica las leyó con dulzura, acariciando con los dedos las palabras que pronunciaba. Las fechas habían sido borradas.

“ He leído en el periódico una noticia sobre la contaminación en los mares, ríos y lagos. Las especies se están muriendo, las plantas ya no producen oxígeno porque no les llega luz del día ”.

“ Vamos... ”

—Vamos a acabar por destruir aquello que nos vio nacer, pues del mar surgió la vida —Inés pasó de página mientras recitaba uno de sus escritos con una agilidad sorprendente—. Pues del mar surgió la vida, y ahora lo estamos matando.

Ante ella se mostraron todo tipo de objetos fotografiados en el álbum. Sus ojos cansados se posaron en cada uno de ellos. Anillas de plástico, bolsas, botellas, colillas, cartones... Pedazos de suciedad extraídos de los más diversos rincones. Había, sin embargo, una característica en común: estaban siempre en el mar.

Primera sección, y única, del libro de recortes con título: lo que acuna la marea.

Durante las tres siguientes hojas la bióloga había conseguido recolectar una serie de imágenes que, con una sinceridad aplastante, exponían las consecuencias de los actos inconscientes de las personas. Peces y pájaros muertos, tortugas con caparazones grotescamente deformados por culpa de basura que se enganchó a ellos, mares negros, plantas mustias... La vida del mar sofocada buscando un soplo de aire fresco.

En la siguiente página había descrito cómo llegar a la cala de sus sueños. Pero pasó enseguida la hoja, impidiendo la lectura.

—¿Por qué no nos llevaste nunca a esa playa, mamá?

—Porque no quería que viéseris en lo que se había convertido —notó dureza en sus palabras—. En lo que la gente la había convertido.

Ahora la fotografía era más extraña. Inés no necesitó mirarla demasiado para saber de qué se trataba. Se vio con cuarenta y cuatro años en la entrada descrita por diversas tablas de madera juntas. Viejas. Rotas. Emitieron un chirriante quejido bajo su peso. La acompañaba la certeza de que su marido y sus hijos todavía dormían en el hotel. Era la primera vez que pisaba aquel lugar sin intención de bañarse. Con las deportivas no podía sentir los granos de arena a través de sus dedos.

Fue allí para limpiar, y desde luego lo hizo. Pero su esfuerzo no servía de nada ya que era más fácil ensuciar las aguas que tratar de mantenerlas limpias. Hacía tiempo que no eran puras, no eran transparentes. Inés tuvo la certeza de que, si se metía en el mar con la suerte de no encontrar ningún animal muerto, la contaminación que turbaba las aguas no le dejaría ver más allá de sus pálidos muslos.

Únicamente limpió. Se dio la vuelta con la bolsa de basura sobre el hombro cubierto. El sol espolvoreaba su luz, barnizando sus mechones de un brillo fugaz. Poderoso. La espuma blanca había sido sustituida por una más opaca. Enferma. Supo, con tristeza, que nunca volvería a nadar en esa agua. Su memoria se quedó paralizada, al pie de las rocas había algo. No consiguió recordar el qué, para ella seguía oculto. Borrado.

La sensación de cansancio de aquella mañana la envolvió de nuevo.

Pasó la hoja. Una esquina de la fotografía exhibía una grieta que la rompía en dos pedazos. Había sido reparada, años después, con un sencillo trozo de celo que unía las dos partes. Estaba impresa la imagen del cielo, con una diminuta nube gris que flotaba sola en la inmensidad.

Verónica miró a su madre con curiosidad. Quiso preguntar, pero no lo hizo. Se limitó a quedarse sentada junto a ella, alternando la vista entre el libro viejo que contemplaban y la extraña mujer a la que un día llamó mamá. De vez en cuando, una chispa de vida volvía a sus apagados ojos, muertos como el mar.

Inés suspiró. El doctor había formulado la pregunta antes que su hija. ¿Por qué el cielo?

—Cuando volví, el agua estaba ennegrecida. No había gaviotas que sortearan las ramas de las palmeras, ahora secas. No había belleza —juntó las manos sobre su regazo, moviendo ligeramente el álbum a un lado—. Le hice una foto al cielo porque era lo único pulcro del lugar. Pero, con el tiempo, me di cuenta de lo equivocada que estaba al pensar así.

Acarició con la punta de los dedos la cicatriz de la instantánea. Reviviendo la nube entristecida. Las apariencias engañan, y lo que un día a Inés le pareció un cielo limpio resultó no serlo. La contaminación era un virus que se expandía rápido.

Corroyendo a su paso. La rompió en un impulso de enfado, con ella misma, sobre todo. Por ser ilusa, por creer que había encontrado algo sano. Pero, sin embargo, terminó por repararla una tarde lluviosa, convencida de que era inútil tratar de ocultar la realidad que se extendía ante sus ojos.

Tuvo la necesidad de explicar verdaderamente sus motivos, pero se quedó callada y lo repitió mentalmente una vez más. Cuando llegó había restos de una pequeña hoguera, con botellines de cristal rodeándola. El mar estaba sucio. Negro. El mundo estaba callado, absorbido por un pesar hueco que trepaba por la espalda de Inés.

Las olas rompían en lágrimas saladas contra las rocas, llorando su propia muerte. Un velatorio íntimo. A un lado, Inés y el mar. Al otro, la población asesina.

Se levantó del sillón sintiendo el peso del Alzheimer sobre sus cansados hombros. Se dirigió con parsimonia a la ventana. Los destellos del sol bañaban su pelo escarlata. Observó los montes pelados a través del vidrio. Se dio la vuelta y clavó su ojerosa mirada en las lentes fijas del médico.

—Después de todo, yo también arrojé basura a aquella playa —sus palabras se asfixiaron en el ambiente cargado de la habitación—. Una pila de sueños rotos.

Distrajo la mente por un momento. Uno solo. Y sus ojos rodaron hacia el cielo encapotado. Sí recordaba por qué lo había inmortalizado en aquella fotografía. Por su aparente pureza. En el fondo sabía que era cuestión de tiempo que el paraje celeste se exhibiera tan degradado como el marino. Recordó la pequeña mota grisácea que servía como nube en la fotografía. Antes debió de ser pura, blanca como la espuma marina.

Ambas mostraban ahora su rostro oscurecido al mundo, desde sus respectivos lugares, dejando mecer sus cuerpos enfermos por el oleaje o las estrellas.

La población actual constituía, en su gran mayoría, un depredador con un hambre voraz que lo carcomía por dentro. La naturaleza era su presa más succulenta. La más débil. Poco quedaba ya por perseguir. Y aún habiéndolo destruido casi todo, la fiera seguía hambrienta.

La bióloga cerró el álbum con desgana. Antes de llevarlo al cajón leyó el título que precedía a las imágenes, escrito en letra menuda y apretada: Cayendo la tarde. Recordó haberlo escrito mucho después de terminar el libro de recortes. Debido a que todas las fotos habían sido tomadas en el ocaso del día. Justo cuando el sol besa el horizonte, y sus rayos se funden con la sal que arrastran las olas.

Al fondo, sirviendo como portada, podían apreciarse dos ballenas. A Inés casi le pareció escuchar su canto. Comenzó a hablar de nuevo.

—Mi enfermedad, doctor, no es cosa del azar —se pasó una mano por las cejas canosas. Ella no lo recordaba, pero antes solía moverlas acompañando sus gestos. El licenciado pudo ver en sus pupilas, enredadas en bosques verdes, la lucha inútil que la

mujer desempeñó durante toda su vida—. Es un regalo del mar para que yo, que he seguido de cerca su desarrollo, pueda olvidar su declive.

Permaneció en silencio. Siempre vio ese libro como un logro mayor de lo que parecía. En el sentido en el que ellos habían pasado las páginas, de atrás hacia adelante, Inés había captado a la perfección lo que un día fue el océano y cómo empeoró. Había conseguido plasmar sobre los folios desnudos cómo se propagó la infección de la contaminación. Atrofiándolo.

Pero si por el contrario se pasaban las páginas a la inversa, empezando desde el final hacia atrás, cuando la humanidad dejara de comportarse de manera irresponsable tendrían en él un aliado. Un simple álbum elaborado por una modesta bióloga que regalaba la clave para la estabilidad del planeta. Un mar limpio. Podían rebobinar así sus actos vandálicos, y volver a la primera fotografía. A una Tierra sana.

Pero Inés había perdido la esperanza. La enfermedad la devoraba por dentro tornando sus recuerdos en situaciones desconocidas. El secreto del álbum moriría con ella, sumido en las mareas del olvido. Volvió a pensar, por última vez, en el objeto oscuro que no había conseguido identificar. Era inútil. Miró el reloj que colgaba sobre la pared. Sus manecillas azules seguían su curso habitual, arrastrando un segundo tras el otro pesadamente.

Al mar le quedaba tan poco tiempo como a ella.

Maria Carnacea Mena 4°C

IES La Morería, Mislata (Valencia)